

secucion, dió lugar á las vejaciones mas tiránicas contra los fieles en varias provincias.

Cuadrato, procónsul de Asia, mandó echar á las fieras en el anfiteatro de Esmirna á Germánico y á otros diez cristianos. Su constancia confundió á los idólatras, y el pueblo furioso comenzó á gritar: *mueran todos los enemigos de los dioses, y el primero su gefe Policarpo.*

Gobernaba la floreciente Iglesia de Esmirna este discípulo de San Juan, este hombre verdaderamente apostólico, cuyo celo se estendia á todas las demas del Asia, por donde difundia las doctrinas que habia recibido casi inmediatamente del Señor. Estuvo ademas en Roma algunos años antes, cuando se agitaba la cuestion acerca del dia en que debia celebrarse la Pascua. Los progresos que consiguió Marcion en aquella capital del universo, primera silla de la Religion, hacian aun mucho mas necesaria en ella la presencia del santo doctor que la disputa sobre un punto de disciplina.

Era tanto mas pernicioso y seductor aquel Heresiarca, cuanto en la apariencia era contraria su doctrina á la de todos los falsos doctores que hasta entonces se habian separado de la Iglesia. Marcion afectaba una grande severidad; obligaba á sus sectarios á abstenerse, por penitencia, de carne y de vino, á practicar ayunos largos y rigurosos, y aun á ofrecerse por sí mismos al martirio. No admitia ningun discípulo que no hiciese profesion de continencia, y condenaba absolutamente el matrimonio, fundándose en la doctrina de los dos principios, que fué invencion suya, aunque la adoptaron y amplificaron despues los maniqueos. Con esta afectacion de austeridad pretendia se olvidase el motivo de su vergonzoso abandono de la fé católica, pues habia sido arrojado de la Iglesia por un pecado de incontinencia. No habiendo obtenido el perdon con la prontitud que de-

seaba, acudió á Roma, donde dispensándose tan abundantemente los tesoros de las satisfacciones de Jesucristo, esperaba reconciliarse con la Iglesia con mas facilidad; pero en Roma se aprobó la severa conducta que con él se habia observado. Entonces debió humillarse; pero el despecho y la rabia precipitaron á este mal penitente, y amenazó con que habia de perseguir una Religion donde se le trataba con tanto rigor.

Primeramente se hizo discípulo de Cerdon, de quien aprendió los extravagantes y sacrilegos principios sobre la naturaleza y la division de la divinidad, muy semejantes á los de Valentino, y despues se erigió en gefe de partido. El mas famoso entre todos sus discípulos fué Apeles, igual en todo á su maestro, precipitado como él en la herejía por un pecado deshonesto, del que no quiso sufrir la debida penitencia; y para imitarle en todo, de ciego pecador llegó despues á ser gefe de una nueva secta. Enseñaba con Marcion que habia dos dioses, uno bueno y otro malo; pero no admitia los dos principios, antes por el contrario, decia que el malo habia sido formado por el bueno. Por lo que hace á Jesucristo decia que este divino Salvador no habia tenido solamente la apariencia de cuerpo, como sostenia Marcion, ni una carne real y verdadera, como dice el Evangelio, sino que al tiempo que descendió de los cielos se habia formado un cuerpo celeste y aéreo; y que cuando ascendió despues de su resurreccion, restituyó á cada cielo lo que de ellos habia tomado; de modo que solo el espíritu habia vuelto al seno de la Divinidad. Y asi negaba la resurreccion de la carne, enseñando que solas las almas, á quienes atribuía diversidad de sexos, se habian de salvar, y que el sexo que tenian los cuerpos era únicamente por las almas que los animaban. Publicaba como revelaciones dignas del mas

religioso respeto, los delirios de una mujer llamada Filumena, que se decia inspirada por un ángel, y que se cree estaba endemoniada. A pesar de esta sospechosa compañía, evitó ó supo ocultar de tal modo lo que podia desacreditar sus costumbres, que Rodon, doctor católico, impugnador de sus errores, le llama viejo venerable por su edad y por su arreglada conducta. Este doctor ortodoxo cita tambien á Pocio y Basilio, que á ejemplo de Marcion, admitian dos principios, y á Síneros, que enseñaba hasta el número de tres. Un dia en que Rodon se intrincó con mas viveza en la cuestion con Apeles, este viejo, pensando que era ya tarde para mudar de opinion, y por no confesarse vencido, se vió precisado á responder que no se debia examinar la Religion, que cada uno podia seguir en la suya, y que se salvarian todos los que hubiesen puesto su esperanza en Jesucristo y obrado bien.

Pero volviendo á Marcion, cumplia este tenazmente sus amenazas contra la Iglesia, cuando San Policarpo fué á Roma. Encontrándose un dia cara á cara estos doctores tan contrarios, preguntó el hereje al santo si le conocia: *Te conozco*, le respondió Policarpo, *por primogénito de Satanás* (1). Era tan grande el celo de este Santo por la fé de la Iglesia, que cuando oia alguna cosa en contra de ella se tapaba los oidos exclamando: «¡Oh Señor, para qué tiempos me habeis reservado!» Al mismo tiempo que Marcion, se encontraba tambien en Roma Valentino; y la autoridad del santo obispo de Esmirna redujo al seno de la Iglesia católica á una infinidad de personas que los dos sectarios habian pervertido. Aun ellos mismos fingieron abjurar sus errores, y fueron reconciliados en la Iglesia

romana; hasta que descubierta su hipocresía fueron espulsados para siempre.

De aquí puede colegirse con cuánta razon miraban los fieles á San Policarpo como una de las principales columnas de la Religion que los sectarios odiaban. Luego que su presencia no era ya allí necesaria para el bien de la Iglesia universal, se ausentó de Roma, y volvió á Esmirna á tiempo de que fueron conducidos á aquella ciudad muchos cristianos para ser atormentados, los cuales fueron tratados con tal crueldad que movieron á compasion aun á muchos idólatras. Con tan inhumana barbarie los azotaron, que se les podian contar todas las venas y arterias. Despues los arrojaron desnudos y llagados sobre pedazos de menuda teja que se clavaban en las heridas, hasta que la vergüenza de una atrocidad en que todos los espectadores eran cómplices, trocó la compasion en despecho y furor, y todos á una voz pidieron la muerte del doctor de los cristianos.

El procónsul Cuadrato mandó buscar á San Policarpo; pero los fieles, recelosos de lo que iba á suceder, habian podido conseguir se retirase á una casa de campo. Santo obispo, aunque bien á pesar suyo, porque nada miraba con mas interés en este mundo que el bien de su Iglesia. Revelóle el Señor lo que le habia de suceder, y tres dias antes de su prision dijo á los discípulos que le acompañaban, que consumaria su sacrificio en el fuego. Un viernes por la tarde, los soldados que le buscaban prendieron á un mozo que sabia el lugar donde estaba oculto, y le obligaron á fuerza de tormentos á que los guiasse á él. Llegaron muy tarde y el Santo estaba ya dormido, pero despertó á tiempo para poder retirarse á otro lugar. Mas considerando desventajoso para él defender así el terreno y que el Señor queria por el

(1) S. Ireneo, lib. 3, cap. 5. B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

contrario que mostrase un ejemplar desprecio de su vida, *cumplase*, dijo, *la voluntad de Dios*, y corrió al encuentro de los que le buscaban. Estos, compadecidos de su edad avanzada y de la dulzura con que les hablaba, dijeron entre sí con admiración: «por cierto que eran escusadas tantas prevenciones y tanta priesa para prender á este buen anciano.» El Santo dispuso que les diesen de cenar, y se retiró á hacer oración mientras ellos comían.

Para conducirle á la ciudad le montaron en un asno, y en el camino encontró á un magistrado de Esmirna llamado Herodes, que conocía particularmente al Santo, y haciéndole subir en su carro, procuró persuadirle á que ofreciese sacrificios y á que diese al emperador el sagrado nombre de Señor. Policarpo quedó suspeso para deliberar, no sobre la proposición del sacrificio, que no podía oír sin estremecerse, sino sobre la especie de veneración que querían tributarse al César, y al fin respondió: *no puedo hacer lo que me aconsejáis*; porque conocía que tomaban el nombre de Señor en un sentido que solo conviene á Dios, y no como un homenaje de los súbditos para con sus príncipes, homenaje que nunca les negaron los cristianos. Irritó tanto al magistrado esta inesperada respuesta, que trocando su benevolencia en furor, hizo bajar de su carro con tal precipitación al santo obispo, que este se hirió en una pierna; mas esto no obstante, siguió con alegría á sus guardas, los cuales le condujeron en derecha al anfiteatro. Afirieron despues muchos testigos que, al tiempo de entrar en él Policarpo, oyeron una voz del cielo que le decía: *Policarpo, no te acobardés*.

El procónsul, que estaba sentado en su tribunal, le dijo que no se perdiera imprudentemente á sí mismo en una edad en que ya debía haber adquirido la prudencia; y despues le mandó que jurase por la felicidad

del César, y esclamase con la multitud: *mueran los impios*, esto es, los cristianos; queriendo de esta suerte hacerle abjurar su doctrina. El Santo, por el contrario, mirando con rostro severo al pueblo idólatra, señalándolo con el dedo y levantando los ojos al cielo, exclamó: *quítad de enmedio estos impios*. Encolerizóse el procónsul y le dijo: «jura luego, y maldice á tu Cristo,» á lo cual respondió el Santo sonriendo: «ochenta y seis años há que sirvo á este buen Señor, y solo me ha hecho beneficios, ¿y quereis que le blasfeme con tan odiosa ingratitude? Pero ¿para qué gastais el tiempo y os fatigais inútilmente? ¿Para qué fingís ignorar quién soy yo? Yo os declaro altamente que soy cristiano; y si quereis saber cuáles son las máximas de los cristianos, dadme tiempo, que yo os las explicaré y os ahorraré la ignominia de que oprimais las virtudes que debéis venerar.» — Dijole el procónsul: «calmad cuanto antes á ese pueblo y convencedle.» — A esto replicó el Santo: «nuestra Religion nos enseña á tributar en la tierra á las potestades establecidas por Dios todos los homenajes y servicios que se nos exijan justamente; pero este pueblo sedicioso no se halla en estado de aprovecharse de mi doctrina y por lo mismo no es digno de oírlo.» — El procónsul, deseoso de ostentar su poder, le amenazó con las fieras y el fuego, lo cual solo sirvió para dar mas lustre y esplendor á la gloria y á la constancia del mártir.

Poco despues gritó por tres veces el pregonero público: *Policarpo ha confesado que es cristiano*. Y toda la muchedumbre, que era de paganos y de judios, respondió tumultuariamente: *este es el padre de los cristianos: el enemigo de nuestros dioses, el seductor del Asia, arrojadle á las fieras*. El presidente del espectáculo, para evitar que se faltase á la policía establecida en esta parte del culto, pues parte del culto eran

los espectáculos, les respondió que era imposible, por haber ya finado los juegos, y volvieron á gritar: «pues que sea quemado vivo;» y al mismo tiempo corrieron en busca de leña y sarmientos mostrándose los judios segun su costumbre mas activos que los idólatras. A los pocos momentos estaba ya dispuesta la hoguera; Policarpo se quitó su cíngulo y principales vestiduras, y como quisiesen amarrarle con cadenas como se usaba con todos los reos, les dió á entender que era precaución inútil; y así se contentaron con atarle las manos á la espalda. El Santo exclamó entonces mirando al cielo: «Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido el don de conoceros y amaros, yo os doy gracias porque me habeis hecho llegar á este dia tan feliz, en que he de participar del cáliz amargo de vuestro Hijo y de la dicha de vuestros mártires, que se dejan quitar una vida percedera para resucitar á la eterna. Cúmplase hoy, Señor, lo que ha resuelto vuestra sabiduría, y admitidme con ellos á los pies de vuestro trono.» — Acabada su oración, encendieron la hoguera; pero las llamas formaron una especie de bóveda al rededor del Santo sin tocarle, y exhalaban un olor semejante al del incienso y al de los mas suaves perfumes. Maravillados quedaron los espectadores observando cuán de distinta manera morian los cristianos que los facinerosos. Atravesaron no obstante el cuerpo del Santo con una espada, y salió la sangre tan abundante que apagó el fuego que le cercaba. — Todas estas circunstancias del martirio de San Policarpo nos las refiere una carta escrita por la Iglesia de Esmirna á la de Filadelfia en Frigia; y añade, que los infieles no consintieron que los cristianos recogiesen el cuerpo del Santo, y que el Centurion que presidió la ejecución, le mandó reducir á cenizas, temeroso de que los fie-

les le adorasen en lugar de Jesucristo. «Estos insensatos, esclama el autor de la carta, no conocen que si adoramos á Jesucristo es solo porque es Hijo de Dios, y que á los mártires solamente les tributamos homenajes de amor y reverencia porque son imitadores y amigos de Jesucristo.» Tal era ya desde entonces la doctrina de la Iglesia acerca del culto que damos á los mártires y á sus reliquias; doctrina tan distante de la irreverencia como de la superstición. El nombre de San Policarpo debe ser tanto mas venerado en la iglesia de Francia, cuanto que originariamente le es deudor de la fé, pues envió á sus discípulos San Fotino, San Ireneo y otros á predicar el Evangelio por las Galias.

De este santo mártir se conserva una Epístola dirigida á los cristianos de Filipos, de la cual habla San Ireneo en su libro tercero contra las heregias. La escribió, como dejamos dicho, con motivo de pasar por aquella ciudad San Ignacio de Antioquia, cuando le llevaban á padecer el martirio; y pide á los filipenses que le den noticia de su santo huesped. Sin embargo, esto no es mas de una parte de la Epístola; pues imitando en ella á las de los Apóstoles y de todos los grandes hombres de aquellos tiempos sagrados, se estiende luego en dar oportunas instrucciones á los fieles, y recorriendo los diversos estados y condiciones, enseña cuáles son los deberes de cada uno; y por último, inspira á todos en general el mayor horror á las nuevas doctricas y á los hereges que dogmatizaban entonces. Fué recibida con tanto respeto esta Epístola, que todavía la leían públicamente en las iglesias de Asia trescientos años despues.

El martirio de Santa Felicitas, sacrificada con sus siete hijos, como en otro tiempo Santa Sinaforosa, fué uno de los mas célebres de aquel reinado. Dicen muchos monumentos que padeció en tiempo de Anto-

nino Pio; pero debe observarse que los antiguos dan muchas veces á Marco Aurelio el nombre de Antonino, su padre adoptivo. Era Felicitas una ilustre matrona de Roma, que muerto su esposo consagró su viudez al Señor, ocupándose únicamente en su propia santificación y en la de su numerosa familia. Esta conducta, al paso que edificaba á los fieles, impacientaba en extremo á los sacerdotes del paganismo, los cuales sublevándose contra los cristianos, persuadieron al emperador que los dioses se hallaban ofendidos por la decadencia de su culto, y que para aplacarlos y volver á merecer su antigua protección, necesitaba obligar á los cristianos mas distinguidos, como Felicitas, á que les ofreciesen sacrificios.

Fué cometido este encargo á Publio, prefecto de la ciudad, quien se valió inútilmente de los halagos y de las amenazas. «Me da valor el espíritu de Dios, le dijo la Santa, para no caer en vuestros engaños, y no me vencereis mientras conserve un soplo de vida; pero si me quitais esta, lograré con la muerte una victoria mas ventajosa.» Acudió el prefecto á su tribunal á la mañana siguiente en la plaza de Marte; mandó traer á su presencia á Felicitas con sus siete hijos, y la dijo que á lo menos tuviese compasion de ellos, ya que su propia vida le era indiferente. La Santa le respondió: «la compasion que quereis persuadirme, seria la crueldad mas pernicioso;» y despues volviéndose á sus hijos y mostrándoles el cielo con la mano, les dijo: «mirad, alli es donde os espera Jesucristo con los Santos que nos han enseñado el camino; sed fieles á ese remunerador magnífico, y pelead con un valor correspondiente al premio que se os propone.»

El prefecto mandó dar de bofetones á la Santa, echándola en cara su temeridad; despues llamó uno á uno á sus hijos, y habiendo confesado todos la fé con la cons-

tancia mas heróica, los destinó á distintos géneros de suplicios. Azotaron al mayor con tanta crueldad que espiró en fuerza de los azotes; á los dos siguientes los apalearon; el cuarto fué precipitado desde un sitio muy elevado; y á los tres últimos les cortaron la cabeza, juntamente con su madre que fué la última que quitaron la vida, para que sufriese en su interior los dolores de todos sus hijos.

Por aquel mismo tiempo martirizaron á los santos Ptolomeo y Lucio. Ptolomeo habia convertido en Roma á una muger, cuyo marido se habia entregado á las mas infames disoluciones y con el cual habia tenido ella muchas criminales condescendencias; pero reflexionando sériamente que no podia corregir á su esposo, ni persuadirle á que no exigiese de ella cosa contraria á su conciencia, se creyó obligada á separarse, y le intimó el divorcio en la forma que prescribian las leyes romanas. El marido irritado la acusó como cristiana delante del emperador; ella pidió que se la permitiese primero arreglar sus negocios domésticos, dando palabra de responder despues á la acusacion. El marido que llevaba á mal esta demora, volvió su furor contra Ptolomeo, y le delató por cristiano en el tribunal de Urbicio, el cual mandó luego á un centurion que le prendiese. El acusador, ansioso de ver cuanto antes satisfecha su venganza, persuadió á este oficial á que preguntase únicamente á Ptolomeo si era cristiano; como que conocia por su muger el candor y sinceridad de los fieles, y con especialidad en este punto, no hallaba otro medio mas fácil para abreviar las formalidades y trámites de la causa.

En efecto, Ptolomeo confesó abiertamente que era cristiano, y al punto fué arrastrado á una rigurosa prision, donde padeció por largo tiempo antes que el prefecto le condenase á muerte. Al tiempo de llevarle

al suplicio, otro cristiano llamado Lucio, hombre distinguido, segun se presume, tanto en el nombre como en la dignidad, preguntó al magistrado por qué imponia la pena capital á un hombre que no estaba convenido de otro delito que de ser cristiano, cuando este rigor era opuesto á la humanidad con que muchos emperadores los habian tratado. «Bien se conoce, le respondió el arrogante Urbicio, que tú eres tambien de esta secta;» y confesando Lucio valerosamente que era cristiano, fué desde luego y sin ninguna formalidad de leyes condenado á perder la vida. Llegóse allí tambien otro cristiano, cuyo nombre se ignora, y del mismo modo fué sentenciado á muerte.

San Justino se encontraba en Roma, donde habia fijado su morada, é indignado á vista de tan enorme abuso de autoridad, pues estaba formalmente prohibido denunciar á ningun cristiano solo por serlo, y aun mandado que se castigara á los delatores, compuso su segunda apologia, dirigiéndola á los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero y al senado y pueblo romano. Trató, aunque inútilmente, de dissipar las antiguas preocupaciones y de defender á las asambleas cristianas de los horrores con que las infamaban. Rogó que á lo menos se concediese á la verdad el mostrarse en público, y que no se calificase de crimen el que unos infelices acusados quisiesen probar su inocencia. Esto da á entender que el emperador habia prohibido, no solo la lectura de los libros sagrados, sino tambien la de todos los demas escritos de los fieles en defensa de su Religion. «Nuestra doctrina, dice Justino, nada contiene que merezca proibirse, porque es muy contraria á las lecciones de Epicuro, de Sóta-des, de Filenis y de otros semejantes, cuyos perjudiciales escritos andan libremente en manos de todos.» Filenis pasaba por autor de una obra en que se enseñaban todas

las deshonestidades que pueden cometerse en el trato con las mugeres; y las poesias de Sóta-des eran un repertorio de infamias de una especie todavia mucho mas vergonzosa.

No produjo, ni con mucho, esta segunda apologia los buenos efectos de la primera. Marco Aurelio tenia una escesiva deferencia á los filósofos de su religion, hipócritas refinados que abusaban de su confianza para satisfacer sus pasiones particulares. Crescente el Cínico era el mas irritado contra San Justino, de resultas de una conferencia que habian tenido los dos y en la que juzgó humillado su orgullo. Previó el santo Doctor desde luego las consecuencias, anunciando que Crescente causaria su muerte; pero nada fué capaz de retraerle de predicar y enseñar la doctrina verdadera. Fué delatado efectivamente, y le prendieron con otros muchos cristianos sus discipulos ó cooperadores.

Rústico, prefecto entonces de Roma, mandó que compareciesen en su tribunal, y los amonestó á que obedeciesen las órdenes del soberano, sacrificando á los dioses. Justino contestó que nadie era criminal por obedecer á Jesucristo. «¿Cuál es vuestra profesion,» le preguntó Rústico, viéndole en traje de filósofo?—Justino contestó diciendo: «Yo he buscado por mucho tiempo la verdad en todas las sectas filosóficas; y desengañado al fin de las preocupaciones contra los cristianos, encontré entre ellos esta perla inestimable.»—«¿Luego tú, miserable, exclamó Rústico, aprecias y haces profesion de esa doctrina?»—«No es verdadero filósofo, añadió Justino, el que no sigue la verdad en cualquiera parte donde la descubra.»—El prefecto le preguntó en qué sitio se congregaban los cristianos; y el Santo le respondió que en su casa particular, porque no se creyó obligado á descubrir todos los lugares donde se reunian